



CAPÍTULO VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Cienfuegos en campaña

**D**ON León había puesto su cátedra en el café de la Marina y en el del Portal. Allí daba lecciones á cuantos querían oírle acerca de todos los asuntos pendientes y de otros que pronto estarían á discusión.

— ¿Saben ustedes, nos dijo un día, que pronto aparecerán unas leyes pistonudas en que queda arreglada de una vez esta maldita cuestión frailesca? Hace días le hablé á Manuel Zamora y le planteé la cuestión sin ambages. «Chico, le dije, ó se resuelven á darle la gran patada á la clerigalla, ó todo se lo lleva el demonio. ¿De qué sirve que estemos levantando tropas y más tropas, si hemos de perderlas?... ¡Malajo! si ustedes no se resuelven, díganlo; pero no se anden con chiquitas... Perdidos por

mil, perdidos por mil quinientos; ¿qué nos han de hacer estos bandidos que no nos hayan hecho ya?... El maldito de Manuel me vió con su carita de ángel barbudo, sus ojillos azules y se rió maliciosamente... Manuel es más listo que Cardona y las coge al vuelo; estoy cierto que les fué con el chisme á Juárez y comparsa, que pensaron en que yo tenía razón, y se resolvieron á hacer esa hombrada... Ya se ve, estos políticos son así; no tienen ojos para ver ni narices para oler; pero en cuanto uno más picudo ó más avisado que ellos nota las cosas, ahí van á engalanarse con las ideas ajenas y á pavonearse como el grajo con las plumas prestadas.

Pues sí; según parece, ahora van á salir con la abolición de conventos de varones, la separación de la Iglesia y el Estado, la desamortización de la propiedad raíz de manos muertas y otras cosillas; pero nada de eso me llama la atención, pues si pudiera hablarles á ustedes de cierta memoria que presenté hace años á Gómez Farías acerca de estas cosas, verían que van éstos por camino andado... Mas no hay que pensar en que les revele lo que ha quedado guardado en los archivos del Gobierno y que sólo se consulta á veces y eso, con suma cautela, por gentes que yo me sé.

Otro día llegaba con algún estupendo noticia: «Novedad, hijos, hay novedad... Casi nada, que Ocampo y Lerdo están de monos y se han tirado los trastos á la cabeza...

Don Melchor dice que la ley de 25 de Junio es un tejido de tonterías; don Miguel califica al otro de díscolo y de farolón, de mamarracho y estafermo.

Ayer en pleno consejo, por no sé qué perfil de esas leyes que van á expedir, el de Morelia le plantó una coz al de Jalapa diciéndole que era una especie de capitán Araña, pues mientras la *familia enferma* corría la legua y se exponía á que fusilaran á todos cuantos la componen, don Miguel vivía en México bajo el más riguroso secreto

Andando suelto y remudando traje,  
Creyéndose famoso personaje.

Le dijo que durante dos años se había vivido meditando planes para transigir con la mochtanga; que había sostenido que no podíamos triunfar sin traer americanos armados, y otra porción de horrores que oyeron los porteros y los ayudantes... A mí me lo ha referido quien lo sabe, y pueden ustedes contar con que esto es la pura verdad.

— Y Lerdo, ¿qué dijo? preguntaba alguno.

— Contestó por los propios consonantes; también puso á Ocampo barrido y regado.

— ¡Vaya con los hombres públicos!

— ¡Los hombres públicos! ¡vaya si les conoceré yo, que entre ellos he vivido!... Pregúntenme ustedes de Apo-

daca para acá, y les doy razón de todo... Ya verán si sabré de lo que ha pasado en el mundo; ¿quién si no yo llevé á acostar á don Lorenzo Zavala la noche de la Acordada? ¿Quién si no yo descubrió las hazañas del coronel Yáñez, que asaltaba caminantes siendo jefe del Estado mayor del Presidente de la República? ¿Quién le hizo pasar la gran rabieta á don Lucas Alamán, burlándose de las cabras del Tibet y de los camellos que mandó traer para la famosa dirección de industria?

— ¿Y conoció usted á Alamán?

— ¿Que si le conocí? Juntos estudiamos en Minería con don Andrés del Río y don Vicente Cervantes; por cierto que en botánica él sacó lugar después del mío.

— Y don Andrés del Río, ¿qué cara tenía?

— Bajito, de buena cara, bizcaba un poco del izquierdo, hablaba despacio y comiéndose las sílabas. Guapote, Elhuyar: era alto, fornido, moreno, muy alegre, muy despejado... y con una cabeza que valía cualquier cosa. A mí me decía siempre: «Hijo, tu vocación está en las ciencias naturales; deja la metalurgia, porque por ahí no te llama Dios...»

— ¿Y á Velázquez de León, le trató usted?

— No le traté, pero le conocí; parece que le veo con su peluquín, su casacón, su carilla de santo y sus manos de dama. Mi padre sí tuvo con él grandísima amistad, y refería que su modo de hablar era pausado, su paso grave

y su discurso fácil... Era gran tomador de rapé y tenía una colección de cajas con los retratos de la familia real, á personaje por caja... También conocí á Gamboa; era altivo, cabeceador, imponente, ceremonioso, feo como el no comer y con un talento que valía este año y el próximo...

Y así hablaba de Bustamante el memo y Bustamante el Presidente, de Arista y de León, de Valencia y de los Rincones. Los curiosos, por encontrarle en un latín mal continuado, le buscaban la condición con preguntas insidiosas:

— ¿Cuántos años tiene usted, señor Cienfuegos?

— Sesenta y cinco; sesenta y cinco cumplo el día trece de Junio y entro á sesenta y seis.

— Entonces, ¿cómo conoció á Humboldt, á Apodaca, á Velázquez?

— Muy bien; porque te voy á decir, yo nací...

Y se engolfaba en disquisiciones aritméticas que generalmente no le resultaban.

Referían los chuscos que en una ocasión estaba contando alguien rasgos históricos famosos. Scipión, decía por ejemplo, resbaló al desembarcar en Africa y sus soldados tomaron la cosa como mal augurio... Cierta, contaban que había interrumpido don Valentín; yo le ayudé á levantarse...

En distinta ocasión, él mismo ú otro refirió cómo César

había pasado el Rubicón, á pesar de la ley que lo prohibía... «Pero para hacer esa hombrada, contestaba Cienfuegos, fué necesario que yo le animara; él solo á nada se habría atrevido...» Le advertían que la cosa había sucedido dos mil años antes, y sin inmutarse, enmendaba el buen hombre: «En efecto, no estaba allí; pero estaba mi padre, que me lo contó.»

Algunas veces le daba por lo erudito y no por lo anecdótico:

— No me pidan que les cuente ni una sola palabra de mi Memoria que está depositada en el Ministerio de Relaciones, porque sería empeño vano. Eso es un secreto de Estado y á nadie se lo he de revelar, aunque vengan padres descalzos y me lo rueguen... Bien conozco que están ustedes deseosísimos de saber cómo me desenvolví; pero no lo conseguirán... No, amiguitos, esto no es juego de niños; figúrense ustedes la que me armarían los clericales á la hora que supieran que yo era, como quien dice, el autor de las leyes de Reforma que se van á dar... Y no es que yo me asuste de las persecuciones ni me duela de las adversidades: hecho estoy á sufrirlas; pero no se trata de mi persona sino de intereses más altos... Pero noto que ustedes no descansan queriendo arrancarme mi secreto... No, jovencitos impertinentes y curiosos, ó curiosos impertinentes; no diré una palabra que me comprometa y que les sirva á ustedes de guía para buscar en esos archivos...

Recuerdo que consta en la Memoria un trocito succulento, que ustedes me dirán si vale ó no vale... «Hay que abolir (y aquí la voz más campanuda y enfática que podía sacar del pecho) los *concordatos* y *patronatos*. Estas voces suponen al poder civil investido de funciones eclesiásticas, y al eclesiástico de funciones civiles, y ya es tiempo de hacer que desaparezca esta mezcla monstruosa, origen de tantas contiendas. Reasuma la autoridad civil lo que le pertenece, aboliendo el fuero eclesiástico, negando el derecho de adquirir á las *manos muertas*, disponiendo de los bienes que actualmente poseen, substrayendo de su intervención el contrato civil del matrimonio, etc., etc., y deje que nombren curas y obispos á los que gusten, entendiéndose con Roma como les parezca. Lo demás es dar importancia á lo que por sí misma no la tiene; es exponerse á hacer *mártires* y á que se grite más alto *persecución é impiedad*. Indudable es que se obtendrá el triunfo; pero será sangriento y desastroso, cuando del otro modo se conseguirá lo mismo sin que tengamos *mártires*, que es lo peor que puede suceder á un gobierno. Si se adoptase el principio que proponemos, nadie aparecerá castigado como defensor de sus opiniones, sino como un sedicioso; y entonces las armas de nuestro clero quedarán reducidas á muy pocas, ciertamente menos de las que hoy son. El clero es algo (aquí recalcando las palabras y dejándolas caer como esferas de bronce en láminas de hierro) porque

todavía se le reconoce como autoridad por el hecho de mandarle que haga tal ó cual cosa; el día que el Gobierno lo olvide, no se vuelven á acordar de él los mexicanos y sólo buscarán al sacerdote para sus necesidades espirituales...»

Estupefacción general; nadie ha oído frases tan sabias en boca ninguna, y todos piensan que don León es un nuevo Tostado. Yo pesco algunas palabras que mi buena memoria me hace recordar de dónde proceden, y grito:

—¡Pero si eso es del doctor Mora, de su libro, copiado, plagiado al pie de la letra!...

Don León me mira con lástima, y sin turbarse ni inmutarse, me dice descansadamente:

—¡Pero hombre, que sea usted tan tonto que no comprenda que Mora me ha plagiado á mí! Estando mi estudio á disposición del público, digo de unas cuantas gentes, el doctor lo vió, le gustó y de seguro robó ese y otros trozos que ha de haber insertado en su libro, que por señas no conozco.

Y el público aplaudía creyendo que era verdad cuanto decía el farsante.



D. León me mira con lástima, y sin turbarse ni inmutarse me dice...